



Guerra y *Naturaleza* en la filosofía política de Immanuel Kant*

José Alvarado**

Ineida Machado***

Resumen

El artículo tiene como objetivo analizar las interconexiones existentes entre la guerra y el determinismo natural en la filosofía política de Immanuel Kant. En primer lugar, se presenta la antagónica *insociable sociabilidad* como preámbulo al estado natural de guerra; ambas condiciones (guerra e *insociable sociabilidad*) surgen y son fomentados por una *Naturaleza* omnisciente, que parece determinar todo el curso de la historia. Ante esta situación, se hace necesario conciliar la innegable primacía de la razón y la libertad humana con el determinismo natural, para, finalmente, afirmar que estos ideales encontrados, al articularse con el fenómeno de la guerra, conducen a un mismo fin: la construcción y consolidación del progreso de la cultura humana. El método utilizado es el hermenéutico-documental. Se concluye en la necesidad de rescatar el ideal racional de la paz kantiano para hacer frente a las distopías de nuestra contemporaneidad.

Palabras clave: *Naturaleza*, guerra, *insociable sociabilidad*, cultura, Immanuel Kant.

* Temática abordada en la Tesis de Maestría en Filosofía: *La concepción de la guerra en el pensamiento filosófico de Immanuel Kant*.

** Profesor Asistente. Universidad del Zulia. Escuela de Filosofía. josealvarado001@hotmail.com.

*** Titular Jubilada. Universidad del Zulia. Escuela de Filosofía. ineidaelsa@hotmail.com.

War and Nature in the Political Philosophy of Immanuel Kant

Abstract

The article aims to analyze the interconnections between war and natural determinism in the political philosophy of Immanuel Kant. First, the antagonistic unsocial sociability is presented as a preamble to the natural state of war; both conditions (war and unsocial sociability) emerge and are nurtured by an omniscient Nature that seems to determine the entire course of history. Given this situation, it is necessary to reconcile the undeniable primacy of reason and human freedom with natural determinism, to finally affirm that the ideals found, when articulated with the phenomenon of war, lead to the same end: the construction and consolidation of the progress of human culture. The hermeneutic-documentary method is used. Conclusions are that it is necessary to rescue the rational ideal of Kantian peace to address our contemporary dystopias.

Keywords: nature, war, unsocial sociability, culture, Immanuel Kant.

Introducción

Immanuel Kant, uno de los filósofos más importantes en la historia de la filosofía universal, inmortalizado a través de su célebre sistema de filosofía crítica, que abarca sus profundas dilucidaciones sobre el sistema natural y moral, se hace acreedor de vigencia filosófica aún en el siglo XXI. Su pensamiento no se limita al problema ético-epistemológico y, aunque bien es cierto, todas sus obras se encuentran subordinadas a su idealismo trascendental establecido en la *Crítica de la razón pura* y *Crítica de la razón práctica*, el filósofo prusiano también incursiona en el terreno político en su pensamiento de madurez, reflejado en sus textos *Hacia la paz perpetua* e *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita*, entre otros.

Para poder acercarnos a su filosofía política, se debe aceptar que existe en Kant una clara delimitación entre el mundo moral, unido a una ley moral que nace y está directamente relacionada a los individuos, y un mundo externo con una serie de normativas impuestas que permiten regular la libertad humana, ya que la ley moral por sí sola no es garantía suficiente para finiquitar la guerra y establecer la paz; de esta forma, la filosofía política kantiana apunta hacia la construcción de la paz como ideal racional y como medio para llegar a la construcción del bien supremo, de modo que, el binomio guerra y *Naturaleza* van en pos de la consolidación

cultural de la humanidad. Sin embargo, en el camino para alcanzar la paz, la humanidad tropieza con la *insociable sociabilidad* y el mal de la guerra que evidencian la condición bélica latente en la especie.

En este orden de ideas, el artículo trata de aclarar si la actuación del hombre, en tanto especie, está determinada por la intención de la *Naturaleza* onnisapiente, tal y como propone Kant en sus textos históricos y políticos, o sí bien es la libertad humana la que determina la construcción de la paz y el progreso cultural.

Para responder a estas interrogantes, se parte de tres puntos sustanciales:

- La *insociable sociabilidad*, como primer medio de confrontación humana.
- La guerra, como estado de naturaleza.
- Las disposiciones secretas de la *Naturaleza*.

1. La antagónica *insociable sociabilidad*: un preámbulo al conflicto bélico

En los diversos ámbitos del acontecer humano, la sociedad juega un papel determinante; en este sentido, la filosofía política kantiana tiene una notable importancia gracias a su propuesta reflexiva sobre la condición existencial y propósito de vida humana. El escritor prusiano, preocupado por el destino histórico-político, busca el hilo conductor de la *Naturaleza* y de los mecanismos empleados en sus disposiciones secretas, para conducir a la humanidad al máximo nivel de perfeccionamiento sociocultural. Entre estos principios rectores se encuentra la *insociable sociabilidad* como condición dialéctica, necesaria y única capaz de implementar el orden en los diversos escenarios de la vida.

Consciente de esta dicotomía, Kant (1994) reconoce que los individuos no pueden actuar por puro instinto como el resto de los animales y tampoco pueden forjar su destino a través de su sola capacidad racional, ya que la misma no les permite comprender que sus inclinaciones orientadas al antagonismo social están determinadas por la intención de la *Naturaleza*, que conduce los caminos de la humanidad a cumplir las prescripciones de su voluntad absoluta y secreta; de esta forma, se evidencia un dilema filosófico y político, como lo es tratar de responder ¿qué principio de-

termina la actuación del *homo sapiens* en tanto especie? Es decir, si la vida está regida por la voluntad racional y libre del hombre pensante propuesta por Kant en sus escritos éticos o si se encuentra marcada por un determinismo histórico-natural presente en sus escritos histórico-políticos.

Para tratar de ir aclarando esta compleja problemática humana, se debe aceptar, primeramente, que la *Naturaleza* dota a los hombres de *logos*, de capacidad racional que posibilita su acercamiento al ordenamiento social y al progreso cultural; pero, paradójicamente, esta voluntad libre bien podría entrar en conflictividad con sus disposiciones sempiternas porque, la misma *Naturaleza* que aspira el alcance del progreso, a través de los procesos evolutivos y de selección natural ha despojado a la humanidad de los medios pertinentes para la defensa y avance de su condición animal. Por esta razón, se debe aceptar que su propósito no es el de promover el desarrollo animal y de las facultades irracionales del hombre, sino que aspira que se alcance el máximo nivel de perfeccionamiento y destreza a través de un ordenamiento civil, cultural y cosmopolita, que conduzca a la humanidad hacia la dignidad de ser felices, aún cuando se deba afrontar por medio de luchas y de penosas condiciones la vida cotidiana (Kant, 1994).

Empero, esta felicidad difiere de la planteada por Aristóteles (2000 y 2005); no es un ordenamiento social que en función del lugar que corresponda a cada quien dentro de la *polis* logre llegar a su felicidad individual y luego promover la felicidad colectiva; tampoco, a la manera estoica, está determinada por la ataraxia y la imperturbabilidad con respecto a nuestro entorno. En Kant (2003 y 1994), la felicidad debe aceptarse, primeramente, como un ideal de la imaginación, luego como un anhelo constante, quizá utópico, de lograr alcanzar el ordenamiento político social; sin embargo, para llegar a este objetivo, se debe aceptar y hacer frente a la *insociable sociabilidad* como motor impulsor de la historia y como condición que manifiesta las carencias existenciales humanas. De esta problemática surgen los constantes esfuerzos por superar los retos y desdichas que la *Naturaleza*, a modo de prueba, impone en la vida mortal y terrenal.

Pero, sólo a partir de la *insociable sociabilidad*, se comprende como la especie humana, desde sus orígenes, viene desarrollándose a través de las luchas y los enfrentamientos, para lograr abrirse paso de manera violenta hacia la plenitud, concebida como la ilustración y el conocimiento de la ética. No obstante, en medio de este proceso histórico visto por

Kant como lineal-ascendente, el deseo de sociabilidad se entrelaza con el de insociabilidad, unificando dos conceptos antagónicos, cuyo fin es, que por medio de esta constante e inestable dinámica social, se cumplan los designios de la *Naturaleza*, que cada vez más parece mostrar su carácter inteligente y complaciente de las desdichas humanas. Sólo de esta manera, se hace manifiesto el componente social humano; en términos aristotélicos, el hombre es un animal nacido para socializar (*zoon politikon*); sólo en sociedad se encuentra en la disposición de vivir en *koinonía*, pero a la vez, dentro de éstos se desarrolla una fuerte tendencia al aislamiento e individualización, porque la condición dialéctica aflora, prestando resistencia a todos, esperando de los demás la misma respuesta (Kant, 1994).

De esta manera, implícitamente, el pensador ilustrado ve la urgente necesidad de crear un orden civil que establezca límites al innegable desarrollo de la insociabilidad. Desde la perspectiva de Teresa Santiago (2001), sólo es posible frenar este fenómeno a través de la inclusión de medios artificiales como los pactos, convenios o constituciones que puedan hacer frente a la inestabilidad social; no obstante, pese al establecimiento del orden civil, Kant señala con pesimismo que la insociabilidad humana es fuerte y es posible que dentro de todo tipo de gobierno instaurado por la misma sociedad civil, el hombre podría conseguir la forma de individualizarse, aislarse y fomentar nuevamente la dicotomía entre sociabilidad e insociabilidad.

Este fenómeno parece no darse de forma lineal-ascendente como lo plantea el filósofo de Königsberg, sino como un proceso histórico-elíptico, lleno de avances y de retrocesos, hasta lograr alcanzar la plenitud de la especie. En Kant sería la instauración de la paz perpetua; pero, en un tono más realista, ajustado a nuestras sociedades contemporáneas, sería la construcción de armonía y de relaciones de convivencia política que permitan superar las tergiversaciones de la supervivencia del más fuerte, acercándonos a un consenso moral y ético universal. Empero, para lograr este cometido es necesario afrontar la diversidad de cada cultura, reconociéndoles como parte de la humanidad en general; sólo así se podría alcanzar el desarrollo humano como ideal intercultural y cosmopolita.

En otro orden de ideas, la *insociable sociabilidad*, despierta las fuerzas humanas y les lleva a superar las inclinaciones de pereza; a la par, les conduce a la ambición, codicia, al deseo de alcanzar puestos privilegia-

dos dentro del orden civil, dando lugar a una dinámica constante entre lucha y progreso como elementos esenciales de la sociedad. Por otro lado, no se debe pasar por alto que la conflictividad también forma parte de la interioridad humana, manifestada en una constante guerra psíquica, interrelacionando el factor social al individual y mental; de modo que, sólo cuando el individuo atraviesa esta ardua lucha puede superar el estado de barbarie e incivilización, primero individualmente, luego en colectivo, hasta abrirse paso a un ideal de convivencia cosmopolita.

De este modo, la insociabilidad tiene la facultad de ir forjando la sociabilidad, tal y como la *Naturaleza* lo ha fijado en su complejo sistema teleológico. Según Álvarez (2005), la aparición de la cultura, a través de la *insociable sociabilidad*, representa la llegada del poder, de la dominación y es que, la *Naturaleza* dota a la humanidad de recursos para la hostilidad entre semejantes, para que así los individuos puedan ir escalando peldaños en el ordenamiento social. Así, indiscutiblemente, la noción de cultura siempre se encontrará teñida de elementos dialécticos; las aspiraciones de avance social se mezclan con deseos encontrados, con tendencias antagónicas, de modo que, la cultura tiene la connotación de dominio de un hombre sobre otro. Es el despertar de las fuerzas animales para presentar resistencia mutua; pero, a la vez, es el medio designado por la *Naturaleza* para el avance de la especie.

En este mismo sentido, se hace necesario aclarar que la *insociable sociabilidad* no es la guerra misma; es, según Álvarez (2005), un carácter patológico previo al conflicto armado, porque con la misma fuerza que se busca la sociabilidad se tiende a la insociabilidad y a los elementos destructores del orden civil ya establecido. Lo dicotómico de esto sería aceptar que, sin este complicado proceso no se lograría la construcción de una sociedad cívico-política capaz de garantizar el derecho y el bienestar para toda la humanidad. Por otro lado, es innegable la competitividad que despierta en los individuos la *insociable sociabilidad*, donde los mismos desarrollan y ponen a prueba sus destrezas, dando, en medio de esta negatividad, según Santiago (2004), un signo positivo como lo es llegar a puestos políticos privilegiados, cosa que se evidencia en todos los órdenes sociales.

De este modo, sólo en la vida social se encuentra la cúspide del desarrollo de las facultades racionales, las cuales se ven entorpecidas al querer utilizar a los demás como medios para llegar a nuestros propios fi-

nes, violando el mandato de la razón práctica donde Kant (2003: 73) afirma que: "... todos los seres racionales están sujetos a la ley que cada uno de ellos debe tratarse a sí mismo y tratar a todos los demás, nunca como simple medio, sino siempre al mismo tiempo como un fin en sí mismo". En este sentido, el hombre, como parte del reino de los fines, tiene una dignidad la cual no puede ser vendida, equiparada o comprometida con nada. Sin embargo, Edgard Morin (2009), con un acertado punto de vista, afirma que el *homo sapiens* también está en la capacidad de ser un *homo demens* con una gran capacidad destructiva hacia sí mismo y hacia los demás, predominando sobre la especie la desmesura (*hybris*), el odio y el desprecio por la dignidad de la persona.

2. Guerra y estado de naturaleza humano

Hybris, irrespeto a la vida, a la dignidad humana, barbarie, muerte, son los elementos que caracterizan la vida en el estado de naturaleza. Por ello, en Kant, el concepto de estado natural tiene un tono pesimista; es decir, el ser humano se encuentra propenso e inclinado al mal, a una predisposición a desear un placer de tal forma que se inclina a él. Esa preferencia conduce al mal moral, a la desviación del libre albedrío, a la tergiversación de las máximas morales, produciendo malignidad en el hombre; la misma no es propia de algunos individuos, es algo tocante a la especie en general, por lo tanto, se encuentra ligada a la esencia humana; es innata y profundamente arraigada, de modo que el filósofo ilustrado cae en un fatalismo político al afirmar que todos los hombres son por naturaleza malos, conduciendo a la vida social a una constante e interminable enfrentamiento (Kant, 2001).

Para explicar esto, Kant (2001) señala que la más notoria prueba de maldad en el estado de naturaleza se encuentra en las escenas de crueldad que tienen lugar en las ceremonias de Tofoa, Nueva Zelandia, Isla de los Navegantes y en América Noroccidental, así como en las guerras entre tribus indígenas como los Arathavescau y los indios costilla de perro, no teniendo otro fin sus enfrentamientos más que el placer de la matanza. Con esto, el autor va en contra de los defensores de la bondad del ser humano en su estado natural, específicamente en el romanticismo de Rousseau (2005), ya que los individuos por sí solos no pueden dominar sus inclinaciones al mal, necesitan de la vida social que refrene sus impul-

sos, aunque la misma también promueva en ellos tendencias egoístas y antagonicas.

Con respecto a este tema, la contemporaneidad brinda muestras del placer y satisfacción humana a través de la guerra. En el siglo XX, se produjeron dos de los conflictos bélicos más sangrientos de toda la humanidad: la primera y segunda guerra mundial, así como otras importantes luchas, como la guerra de las Malvinas, la guerra de Corea, la guerra del golfo, la guerra civil argentina, entre otras. Y en el nuevo siglo XXI, se apertura un debate sobre la legalidad de la guerra preventiva, la guerra de Irak, el enfrentamiento producido en la frontera de Gaza, así como el uso indiscriminado de armas químicas y biológicas, las tensiones entre el conflicto de Corea del Norte y Corea del Sur, entre otros escenarios, donde se manifiesta el estado dialéctico a la cual la humanidad ha sido reducida, que se manifiesta en la lucha constante entre *sapiens* y *demens*, *mesura* e *hybris*, civilización y barbarie.

Estos binomios dialécticos ponen en evidencia que la guerra, en toda época y en todo momento, representa un escenario donde predomina la carencia racional, la cual sólo se puede superar a través del ejercicio de la racionalidad, para así lograr una ruptura definitiva con el estado de naturaleza para llegar a alcanzar el imperio de la ley de la razón crítica. En la *Crítica de la razón pura*, Kant (1996: 347) afirma: “Sin ella la razón se halla en estado salvaje, y sólo mediante la guerra puede imponer sus asertos y pretensiones”. Es decir, el hombre, sin la ley crítica de la razón, está entregado a la guerra y a los conflictos bélicos, al uso desmedido de sus facultades irracionales, así como a la *hybris* en sus actos bélicos, por lo que se hace necesario el paso del dogmatismo de la razón (irracionalidad), a la razón crítica (racionalidad), así como su predecesor, Thomas Hobbes (1979), sostiene la salida del estado natural de guerra de todos contra todos.

Por lo anteriormente expuesto, el estado de naturaleza en Kant puede considerarse como un enfoque o concepto dual; es decir, en el estado de naturaleza deben buscarse las condiciones jurídicas para garantizar la paz; no obstante, no existen garantías suficientes para el cumplimiento de las mismas. Sin embargo, la más clara y fuerte definición de guerra como estado natural se encuentra en *Hacia la paz perpetua* y dice de la siguiente manera:

El estado de paz entre los hombres que viven juntos no es un estado de naturaleza (*status naturalis*), que es más bien un estado de guerra, es decir, un estado en el que, si bien las hostilidades no se han declarado, si existe una constante amenaza de que se declaren (Kant, 1999: 81).

El estado de naturaleza, tal y como lo advierte Kant, es un estado de guerra, a la manera hobbesiana, una guerra de todos contra todos, donde se puede conducir a un enfrentamiento, como una situación potencial de peligro. La vía para solucionar esta problemática es la instauración del estado legal de paz a través de un derecho cosmopolita, una constitución republicana, una sociedad civil y una comunidad ética que garanticen el bienestar jurídico-político de los pueblos (Kant, 1999). No obstante, se hace necesario evaluar si la paz perpetua es la meta planteada por la *Naturaleza* en sus disposiciones o si por el contrario la misma aspira una guerra interminable dando lugar a la paz perpetua sobre el cementerio de la especie de la humanidad.

3. La guerra y el fin último de la *Naturaleza*

La concepción de la guerra, en la filosofía kantiana, desemboca en dos posturas que aparentemente son diferentes y cuyo análisis parece ser distinto. En primera instancia, se debe aceptar la guerra como un factor necesario para el desarrollo político-jurídico de los pueblos, esto se contrasta con el impulso antagónico del hombre de superar a sus congéneres en todos los ordenamientos civiles. Esta motivación es fomentada por la *Naturaleza* que le encamina, esperando despertar la tendencia a la comodidad y el egoísmo, que le incite a querer dominar sobre el resto de la humanidad; de esta forma, se recalca la necesidad de la guerra, en interrelación con la *insociable sociabilidad*, como motores impulsores para el progreso, pero, aún así, Kant (2002) toma otra vertiente político-filosófico donde afirma que, pese al valor de la guerra, como mandato de la razón la misma ha de ser prohibida.

No obstante a esta aparente contradicción, el pensamiento político kantiano se adecua para brindar solución a estas posiciones encontradas.

En primer lugar, la razón, como medio legislador de la voluntad humana, debe buscar la salida del estado natural de guerra y pese a que el conflicto bélico sea el factor decisivo para el avance científico, técnico,

material y cultural, también constituye el modo más primitivo del obrar humano, lo que imposibilita una genuina conducción a través de la autarquía de la razón; por ende, en este estado de animalidad, las potencialidades racionales no pueden ser desarrolladas correctamente, en consecuencia, la paz que se pudiese conseguir estaría sustentada en fundamentos endebles.

Por otro lado, a pesar de sus nefastas consecuencias, la guerra promueve las relaciones entre Estados, ciudadanos, asociaciones políticas, garantiza el derecho a la propiedad en el estado natural y posibilita el poblamiento mundial. En medio de este conflicto la *Naturaleza* toma ventaja de la incompatibilidad humana reflejándolo a gran escala en la discordia entre Estados, para lograr la consumación de su plan determinista a través de la guerra. Pero, a pesar de esto, al articular los designios naturales con la libertad humana, la historia toma un curso distinto al llevar a la humanidad de lo inferior a lo superior; de la animalidad del estado de naturaleza, a la condición humana dentro de la vida civil. De este modo, la realización histórica se encuentra en las manos de los individuos, al ser ajustados los mismos a máximas morales y al mandato de la razón práctica, para que como pueblos, alcancen el máximo nivel de desarrollo (Kant, 1994).

En este estado lleno de avances y de retrocesos que conducen al perfeccionamiento de la especie, la *Naturaleza* no privilegió de ninguna forma al hombre; al igual que a otros animales le atacó con enfermedades, fríos, le puso indefenso frente a la amenaza de otras especies, le condujo, a través de sus preceptos, a cumplir con el mal necesario de la guerra, la barbarie, la opresión, para que, a través de la motivación producida por los sufrimientos, se encaminase al desarrollo pleno de su libertad y, finalmente, a consolidar el bien supremo: el establecimiento de una comunidad pacífica cosmopolita (Kant, 1999). En este sentido, es necesario señalar que las disposiciones de la *Naturaleza* no se han de cumplir en forma individual, sino que involucra a toda la especie humana; de modo, que a través de incontables intentos, los individuos avancen de un conocimiento a otro mayor, hasta que un cúmulo de conocimientos generales dé como garantía el desarrollo de la humanidad y, a pesar de la mezquindad de la *Naturaleza* con los hombres, la misma les dota de racionalidad para ejercitar su libertad y así lleguen a la dignificación de su condición humana.

De esta forma, el plan oculto de la *Naturaleza* se desvela y la aparente contradicción entre los escritos éticos y los escritos políticos de Immanuel Kant se desvanece progresivamente.

En primera instancia el hombre no debe vivir bien, unos deben trabajar para la comodidad de otros, ser oprimidos, sometidos a trabajo amargo y sólo así, por medio de sus múltiples sufrimientos pueda desarrollar las potencialidades que le permitan alcanzar la cultura para él y para generaciones posteriores; sólo de esta manera, la cultura puede aceptarse como la condición subjetiva que va en busca de los fines generales de la especie. Sin embargo, sin la dialéctica antes mencionada la cultura no tendría ningún significado (Kant, 2007). En consecuencia, la desarmonía social y la guerra, promovidos por la *Naturaleza*, no tienen otro fin que preparar a la especie para el ejercicio pleno de su libertad, para la formación de comunidades políticas, cívicas y cosmopolitas capaces de instaurar el estado de paz perpetua. Y es que, desde la perspectiva de Martínez (2011), el plan oculto de la *Naturaleza* no es otro que el establecimiento de bases legales que posibiliten la convivencia racional entre los individuos.

Sólo a través de la *insociable sociabilidad* se puede establecer un sistema teleológico donde el hombre se ubica como el fin último; es decir, como el único capaz de cumplir con las disposiciones de la *Naturaleza* y, por consiguiente, adquirir el desarrollo técnico-cultural, que nace como una urgencia, donde el conflicto de las voluntades individuales llega a crear formas de convivencia artificiales como la sociedad civil, para garantizar la coexistencia racional y las relaciones entre semejantes. Desde esta perspectiva, la guerra es el recurso y finalidad de la *Naturaleza*, por medio del cual se evidencia el beneficio en el fomento del orden social. Guerra y cultura tienden hacia un mismo fin: el progreso y el desarrollo humano, a través de una sociedad civil y de una comunidad ética, como fuerza legal que regularice los abusos de la libertad individual y Estatal; por esta razón, la cultura sería en última instancia la guerra misma, concebida como parte fundamental de la humanidad (Kant, 2007).

En esta visión finalista de la historia y la política, se podría afirmar que sin guerra, no existiría la humanidad como tal. Sin la conflictividad de la guerra, no se daría el desarrollo pleno de los pueblos; sin la guerra, los Estados también se verían afectados, al no existir límites geográficos precisos para establecer el derecho y las relaciones mutuas, traducién-

dose al final en violencia, debido al poco dominio sobre sus pasiones desenfrenadas. Sin guerra no existiría cultura; de modo que, el progreso se encuentra interrelacionado a los conflictos armados, los cuales en primera instancia son concebidos como un mal para la humanidad, pero, a la vez, representan un medio para garantizar la supervivencia y el desarrollo de la especie.

No obstante, frente a la desalentadora panorámica, la guerra, en conjunción con la *Naturaleza*, persiguen la instauración del bien supremo: la paz perpetua y el desarrollo de la cultura. En palabras de Kant (2007: 399):

...a pesar de los tormentos horribles con los que la guerra abruma a la especie humana y de las desgracias, quizá aún mayores, que su preparación constante origina en la paz, es, sin embargo, un impulso... para desarrollar, hasta el más alto grado, los talentos que sirven a la cultura.

La guerra es producto de la intención de la *Naturaleza*, por medio de la cual impulsa a los pueblos a buscar cada vez mejores fórmulas para lograr la paz, la equidad y la convivencia armoniosa; ésta somete la voluntad de unos a la voluntad de otros, les niega, aparentemente, la condición de seres autónomos, ejerciendo la fuerza, la violencia por encima de la racionalidad, pero sólo al reconocer esta situación los individuos pueden elevarse por encima de la misma, aceptándose a sí mismos y a los demás como fines, nunca como medios, promoviendo el pase de lo irracional a lo racional, de la animalidad a la humanidad, de la destrucción al reconocimiento de la dignidad del otro, a la construcción de la identidad propia a través de la del otro. En este punto álgido existe una reconciliación entre la ética y la filosofía política kantiana.

Sólo este abrazo entre ética, historia y política, hace que sea posible dar un nuevo matiz al conflicto bélico, ya que la guerra por si sola carece de elementos transformadores y promotores de la cultura y sólo el desarrollo de la cultura hace posible el dominio de la razón sobre las pasiones animales, para que, a través de la racionalidad y reflexividad se pueda, desde la libre voluntad, tornar este mal en parte del progreso histórico. De esta manera, la *Naturaleza*, silenciosamente, conduce al mayor y mejor aprovechamiento de las circunstancias, buscando de ellas el mejor de los fines. En consecuencia, la cultura es representada como esa constan-

te inclinación a la superación la cual, para Kant (1999), es promover el bien supremo en el mundo, el progreso social, político y moral que lleve a la humanidad a su máximo nivel de perfeccionamiento; de esta manera, la guerra posibilita la creación de nuevos Estados, la cultura, el desarrollo científico-tecnológico y, en última instancia, incita al hombre a ejercitar su libertad con miras a alcanzar la paz perpetua.

Conclusiones

A lo largo del artículo se evidencian una serie de cuestionamientos políticos, éticos e históricos que constituyen parte del reflexionar utópico kantiano; en este sentido, Kant nos lega una filosofía política, por un lado, utópica e ilusoria, que persigue la paz y la consolidación de la libertad humana y, por otro lado, un Kant más realista que señala las vicisitudes de la guerra, haciendo notar que la misma, junto a la *insociable sociabilidad*, forman parte de la condición humana. De forma que, esa *Naturaleza* omnisciente en Kant, no es más que la representación metafísica de la historia, una historia que busca la consolidación de la humanidad como centro del universo político kantiano; es un acercamiento a un humanismo y una filantropía que se articula con el proyecto crítico del idealismo trascendental de este pensador. Sin embargo, para llegar a la máxima expresión ética deseada por el filósofo prusiano es necesario superar una serie de antinomias para alcanzar la consolidación del bien supremo como ideal del progreso histórico.

De esta forma, se manifiesta la articulación entre historia, ética y política en Kant. En este sentido, la visión ética prevalece al aceptarse que como máxima de la razón práctica la guerra ha de ser prohibida y aunque la propuesta kantiana de la guerra quedase inconclusa por sus fuertes matices utópicos, se hace necesario rescatar en nuestros días su ideal racional político de la paz para confrontarlo con las distopías de nuestra contemporaneidad, que atentan contra la dignidad de la persona, colocándolas como medios, nunca como fines, perdiendo su valor y su autarquía en esta negación existencial de su condición humana,

Si bien es cierto, el ser humano es un ser corpóreo, también lo es metafísico y político; en esa aceptación de la tripartición humana es impostergable la instauración de las relaciones de convivencia pacífica, superando las limitaciones de la política corrompida y haciendo frente a las

demandas de nuestro siglo. En este sentido, la paz debe ser interpretada como la antítesis de la guerra, y como un derecho humano que debe ser constantemente escrito, interpretado y reinventado.

Referencias bibliográficas

- ÁLVAREZ, Isaac. 2005. Antagonismo en la Historia. En: Filosofía y razón: Kant 200 años después. Manuel Vázquez y Romá de la Calle Editores. Ediciones PUV. Valencia. Pp. 11–24.
- ARISTÓTELES. 2005. Ética Nicomaquea. Ediciones Universales. Bogotá.
- ARISTÓTELES. 2000. La política. Ediciones Universales. Bogotá.
- HOBBS, Thomas. 1979. Leviatán. Editorial Nacional. Madrid.
- KANT, Immanuel. 2007. Crítica del juicio. Ediciones Austral. Madrid.
- KANT, Immanuel. 2003. Fundamentación de la metafísica de las costumbres. Ediciones Encuentro. Madrid.
- KANT, Immanuel. 2002. Metafísica de las costumbres. Tecnos. Madrid.
- KANT, Immanuel. 2001. La religión dentro de los límites de la mera Razón. Alianza Editorial. Madrid.
- KANT, Immanuel. 1999. Hacia la paz perpetua. Un esbozo filosófico. Biblioteca Nueva. Madrid.
- KANT, Immanuel. 1996. Crítica de la razón pura. Estética trascendental y analítica trascendental. Ediciones Universales. Bogotá.
- KANT, Immanuel. 1994. Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos de filosofía de la historia. Editorial Tecnos. Madrid.
- MARTÍNEZ FERRO, Hernán. 2011. La filosofía kantiana de la historia: dialéctica entre naturaleza y libertad. En Cuestiones de Filosofía. No.13. Tunja. Colombia. Pp. 37-55.
- MORIN, Edgard. 2009. Breve historia de la barbarie en occidente. Paidós. Barcelona.
- ROUSSEAU, Jean-Jaques. 2005. Contrato Social. Ediciones Universales. Bogotá.
- SANTIAGO, Teresa. 2004. Función y crítica de la guerra en la filosofía de I. Kant. Anthropos. México.
- SANTIAGO, Teresa. 2001. El pacifismo crítico de Immanuel Kant. En: Signos Filosóficos. No. 6. México. Pp. 241-258.